



XV.

MEMORIAS DE UN CONSERJE DE OFICINA.  
EN LA ANTECÁMARA

EL sábado último gran fiesta en la plaza Vendôme. Mr. Bernardo Jansoulet, el nuevo diputado por Córcega, daba en celebridad de su elección una magnífica velada, con municipales en la puerta, iluminación de todo el palacio, y dos mil tarjetas de convite repartidas al París de buen tono.

Gracias á la distinción de mis maneras, á la sonoridad de mi órgano vocal, prendas que el presidente del Con-

sejo de administración había tenido ocasión de apreciar en las sesiones de la *Caja territorial*, fui llamado á figurar en aquel festival suntuoso. Durante tres horas consecutivas, vestido de escarlata y oro, luciendo por vez primera mis pantorillas al aire, fui disparando á guisa de cañonazos, al través de los cinco salones en ristre, el nombre de cada uno de los convidados, que un suizo reluciente saludaba cada vez con el *bing* de su artesana al dar contra el suelo.

¡Cuántas obser vaciones curiosas, cuántas ocurrencias divertidas volvía á oír aquella noche en boca de la servidumbre acerca de los convidados, á medida que iban desfilando uno tras otro! ¡Y con qué chispa les remedaban! Hay que advertir que el dignísimo M. Barreau, antes de comenzar la función, nos había obsequiado á todos en su repostería, llena hasta el techo de bebidas heladas y de provisiones, con un sólido refresco, remojado de un modo decente, que nos había puesto á todos de muy buen humor, humor mantenido por los vasos de Champagne y de ponche que íbamos birlando al vuelo de los azafates. En cambio, los amos no parecían de tan buen talante como los servidores. Cuando llegué á mi puesto, chocóme extraordinariamente la fisonomía inquieta, nerviosa del Nabab, quien paseaba con M. de Géry por los salones iluminados y desiertos, hablando y manoteando acaloradamente.

—Le he de matar, decía, le he de matar...

El otro procuraba calmarle, luego apareció la señora, y varió el tema de conversación.

Magnífico ejemplar de mujer, que hacía dos como yo y que deslumbraba verdaderamente con su diadema de brillantes, las joyas que cubrían sus enormes hombros blancos, sus espaldas tan redondas como el pecho, su talle encajado en una coraza de oro verde que se prolongaba en extensas tiras á lo largo de su acartonada falda. No he visto nunca cosa tan imponente ni tan rica. Venía á ser como uno de esos elefantes blancos con una torre á cuestas de que hablan los libros de viajes. Cuando andaba, apoyándose trabajosamente en los muebles, temblábale la carne, y sus adornos hacían ruido de herramienta. Y

á todo esto, una vocecilla chillona, y una señora cara, de un encarnado más que regular, que un negrito refrescaba continuamente con un abanico de pluinás blancas ancho como una cola de pavo real.

Era la primera vez que aquella indolente y arisca fulana se daba á luz en la sociedad parisiense, y M. Jansoulet parecía que estaba muy satisfecho y muy orgulloso de que ella se dignase presidir la fiesta: cosa que, por lo demás, noapuró gran cosa á la buena señora, por cuanto dejando á su marido en el primer salón para recibir á los convidados, fuése derechamente al saloncito japonés y se echó en un diván hundiéndose entre dos rimeros de almohadones, y de tal suerte quedó inmóvil que parecía un ídolo cobijado por el gran abanico que su negro agitaba con la regularidad de un mecanismo. En cuestión de aplomo, nadie les va á la mano á esas extranjeras!

A todo esto yo no podía quitarme de la cabeza la irritación del Nabab; así que, como acertarse á pasar su ayuda de cámara que bajaba la escalera de cuatro en cuatro, cogíle al vuelo y le dije á tiro de oreja:

—Señor Noël, ¿qué le pasa á vuestro amo?

—El artículo del *Mensajero*, me contestó.

Y hube de renunciar por de pronto á saber más, porque sonó fuertemente el timbre anunciando que llegaba el primer carruaje, siguiéndole pronto una infinidad más.

Absorbido del todo por mi tarea, atento á pronunciar bien los nombres que me iban dando, ya no pude pensar más en el asunto. Porque no es oficio muy cómodo el de anunciar de un modo regular á gentes que se figuran que todo el mundo conoce sus nombres; murmúranlo, al pasar entre dientes, y luego se extrañan de que se lo estropeéis y llegan casi á daros la culpa de esas sonrisitas, de esas bromas disimuladas que son el obligado séquito de un anuncio equivocado. La cosa se hacía más difícil todavía en cosa de M. Jansoulet, gracias á la caterva de extranjeros, turcos, egipcios, persas, tunecinos y qué sé yo cuánta cosa más que iban lloviendo de todas partes. Y prescindo de los corsos, nada escasos aquel día, porque los cuatro años que llevo en la *Caja territorial* me han acostumbrado á pronunciar esos apellidos rimbomban-

tes, interminables, seguidos siempre del nombre de la localidad: «Paganetti de Porto Vecchio, Bastelica de Bonifacio, Paianatchi de Barbicaglia.»

Yo me recreaba en modular estas sílabas italianas, en hacer lucir todas sus sonoridades, y á los insulares les encantaba y les sorprendía el verse introducidos de aquella suerte en la alta sociedad continental. Pero con los turcos, con aquella retahíla de beyes, bajáes, effendis, la cuestión variaba de especie, y más de una vez hube de soltar algún disparate por cuanto, en dos ocasiones distintas, M. Jansoulet me mandó recado de que pusiese más atención en los nombres y procurase anunciar con más naturalidad. Semejante observación, formulada delante de toda la servidumbre, me indignó extraordinariamente y—¿á qué negarlo?—hizo que no me diese lástima aquel advenedizo de tan mal genio cuando en el curso de la fiesta supe cuán duras espinas hacían punzante su lecho de rosas.

De diez y media á doce no paró el timbre, los carruajes se sucedían uno tras otro en el vestibulo, y era un no acabar de convidados, diputados, senadores, consejeros de Estado, consejeros municipales, que más parecía que viniesen á una junta de accionistas que á una tertulia de buen tono. ¿De qué provenía? Yo no sabía explicármelo, pero dos palabras del suizo Nicklauss me hicieron abrir los ojos: «¿No observáis, M. Passajón, me dijo el honrado servidor, tieso delante de mí, presentando la alabarda, no observáis cuán pocas señoras vienen?»

Eso, eso era... Y no éramos nosotros los únicos en observarlo. Á cada uno que iba llegando, oía al Nabab, que estaba cerca de la puerta, exclamar coriacontecido con su gruesa voz de marsellés resfriado:

—¿Solo?

El invitado se excusaba como podía... *Mn mn mn mn...* la señora algo indispuesta... Lo he sentido mucho... Luego llegaba otro, y á pregunta igual correspondía igual respuesta.

Á fuerza de oír esta palabra «Solo», habían acabado en la antecámara por tomarla chacota; y cada vez que llegaba un nuevo invitado, lacayos y servidores se echaban el

uno al otro compungido «¡Solo!» Y así nos refamos y matábamos el tiempo... Pero M. Nicklauss, que era hombre de mucho mundo, encontraba que aquella abstención cuasi completa de todo el sexo bello no era natural.

—Eso será el artículo del *Mensajero*, decía.

No se hablaba sino de aquel demontre de artículo, y frente al espejo rodeado de flores en el cual cada invitado, antes de entrar, pasaba revista á su persona, sorprendía yo á cada paso diálogos sueltos en voz baja por este estilo:

—¿Lo habéis leído?

—Es tremendo.

—Á mí me parece imposible.

—No sé qué deciros, pero á todo evento he preferido venir sin mi mujer.

—Yo otro tanto... Un hombre puede ir á todas partes sin comprometerse...

—Claro está... Al paso que una señora...

Luego entraban con el clak debajo del brazo y el porte triunfal del casado que va sin su mujer.

¿Cual era pues aquel periódico, aquel terrible artículo que hasta tal extremo ponía en jaque la influencia de un potentado como el Nabab? Por desgracia, la obligación me retenía allí; no me era dable hacer un rato de tertulia con todos aquellos cocheros, lacayos y servidores que hacían corro al pie de la escalera, dando matraca á cada uno de los que subían arriba... ¿Y cómo no? ¡Pues con los amos que corren!... Cómo no reirse, por ejemplo, al ver pasar, con aquel su aire insolente y el estómago vacío, al marqués y la marquesa de Bois-l'Héry, después que uno sabe lo de los embrollos del uno y lo de los vestidos de la otra? ¿Y qué decir de la pareja Jenkins, tan unidos, el doctor deshaciéndose en atenciones, echando un pañolón de encaje encima de los hombros de la señora, y ella sonriendo y emperifollada, apoyada en el brazo de su marido como diciendo: «Quién me tose», cuando yo sé que desde que murió la irlandesa, que era la de veras, el doctor busca el modo de echarse el muerto de encima á fin de casarse con un pimpollo, y que el muerto, vamos al decir, ella, se pasa las noches marchitando, á puro llorar, la poca belleza que le queda?.

Lo más divertido era que ni uno solo de los que iban pasando se llegaba á figurar siquiera las buenas salidas, las guasas que le escupían en las espaldas así que las había vuelto, la porquería que con las colas se llevaban á rastra de la alfombra del vestibulo. Era cuestión de morir de risa al ver la cara finchada que al pasar ponían.

Las dos señoras de que acabo de hablar, la del gobernador, una corsa pequeñina que con sus frondosas cejas, sus dientes blancos, sus mejillas relucientes, parecía una lugareña en dia de fiesta, por lo demás, de buena pasta y riéndose siempre fuera de cuando su marido ponía los ojos en las demás mujeres,—con más algunas levantinas coronadas de oro ó de perlas, no tan completas como la nuestra, pero por idéntico estilo, unas cuantas señoras de tapiceros, de joyeros, proveedores habituales de la casa, con unos hombros de á vara y unos trajes en que no se había regateado la tela; finalmente, tal cual pareja de empleados de la *Territorial* vestidos como Dios quería y con los bolsillos llenos del aire, he aquí todo el contingente que el bello sexo había aportado á la reunión, una treintena de mujeres por entre un millar de trajes masculinos, que es como decir que no las había. De vez en cuando, Cassagne, Laporte, Grandvarlet, encargados de repartir los azafates, nos ponían al corriente de lo que pasaba en los salones.

—¡Ayl chicos, si viérais aquello qué negro, qué lúgubre está... Los hombres pegados como lapas á las mesas del refresco. Las señoras, en el salón del fondo, sentadas, sin abrir boca, abanicarás que abanica... La gruesa no dice una palabra á nadie. Creo que se trata de tú con el sueño... ¡Y el amo que pone una cara!... Vamos, tío Pasajón, venga una copita... Esto entona el gaznate.

No cabe figurarse lo bien que se portaba conmigo toda aquella juventud, y cómo se complacían los bribones en hacerme los honores de la bodega tan á menudo y á tan buenos tragos que la lengua comenzaba ya á turbárseme y á hacer de las suyas; y, como me decían ellos en lenguaje un poco suelto: «Tío, que te pierdes.» Gracias que acababa de desfilas el último de los effendis y que no había ningún anuncio pendiente, porque, por más esfuerzos

que yo hacía, cada vez que asomaba la cabeza por entre los cortinajes para disparar un nombre, las arañas de los salones comenzaban á dar vueltas con centenares de miles de lucecitas danzantes, y los pavimientos se escurrían en bieses resbaladizos é inclinados como montañas rusas. Sí, tío, te perdías, y sin remedio.

El fresco de la noche, algunas abluciones en la fuente del patio dieron cuenta muy pronto de aquel mareo, y cuando entré en la guardería ni rastro quedaba de él. Allí me encontré con una nutrida y alborozada tertulia que hacían corro al rededor de un barrilejo de Champaña, y todo mi escuadrón de sobrinitas, de gala, con el peinado muy compuesto y corbatas color rosa. Naturalmente, se hablaba del famoso artículo, un artículo de Moëssard, según parece, lleno de espantosas revelaciones sobre los diversos oficios á cual más degradantes que se suponía haber ejercido el Nabab, quince ó veinte años atrás, durante su primera estancia en París.

Era la tercera embestida de aquel género que el *Mensajero* publicaba en ocho días, y el tuno de Moëssard no descuidaba é l remitir cada número, bajo faja, á la plaza Vendôme.

M. Jansoulet lo recibía, al levantarse, con el chocolate; y á la misma hora, sus amigos y enemigos, porque un hombre como el Nabab no puede ser indiferente á nadie, leían, comentaban, trazábanse para con él una línea de conducta que les libraba de compromisos. Era de creer que el artículo de aquel día llevaba buena puntería porque Jansoulet, el cochero, nos contaba que por la tarde, en el Bosque, en diez vueltas por el largo, su amo no había llegado á cambiar diez saludos, siendo así que normalmente no parecía sino, según eran de frecuentes los sombreros, un soberano de paseo. Luego, al volver á casa, un segundo enredo. Los tres chicos acababan de llegar, consternados y llorando, traídos del colegio Bourdaloue por un reverendo, en interés mismo de los pobres muchachos á los cuales se había dado licencia temporal para evitar que en las horas de recreo ó en el locutorio tuviesen que oír alguna alusión ofensiva ó palabra malsonante. Al enterarse el Nabab se puso hecho una verdadera

furia é hizo trizas una vajilla de porcelana, y aun parece que á no ser por M. de Géry se va á Moëssard y le rompe la crisma.

—Y muy bien que habría hecho, dijo M. Noël, que entró en el momento de acabar el cochero su relación, también excitado extraordinariamente... No hay una letra de verdad en el artículo de ese bandido. Mi amo no había estado en París antes del año pasado. De Túnez á Marsella, de Marsella á Túnez, he aquí todos sus viajes. Pero ese canalla de periodista se venga de que no hayamos querido darle veinte mil francos.

—Y en esto habeis hecho muy mal, dijo entonces M. Francis, el Francis de Monpavón, aquel viejo elegante cuyo único diente se columpia en el centro de la boca á cada palabra que él dice... Sí, habeis hecho muy mal. Hay que saber tratar á la gente mientras pueden servirnos ó perjudicarnos. Vuestro Nabab se ha dado prisa, después de su victoria, en volver la espalda á sus amigos; y, querido, vaya por dicho entre nosotros, no es bastante fuerte todavía para permitirse estos lujos.

Creí entonces llegada la ocasión de echar mi cuarto á espadas:

—Y no hay duda, M. Noël, que vuestro amo, desde la elección, no es el que era antes. Está que no se puede tratar con él. El otro día, en la *Territorial* armó una marimorena como no podéis figuraros. Le oíamos gritar en pleno consejo: «Me habeis estafado, habeis sido unos ladrones para conmigo, y me habeis hecho ser un ladrón como vosotros... Á ver, vengan los libros, bandidos.» Si ha tratado á Moëssard de este modo no me admira que el otro se venga en el periódico.

—Pero, vamos á cuentas, ¿qué dice el artículo? preguntó M. Barreau, ¿hay alguien que lo conozca?

Nadie contestó. Muchos habían tratado de comprarlo; pero en París el escándalo se vende como pan. A las diez no quedaba en cartera un número del *Mensajero*. Entonces, una de mis sobrinas, tuvo la ocurrencia de registrar los bolsillos de uno de los infinitos sobretodos que se guardaban en los cajones alineados de la guardarropía. Cogió el primero que le vino á mano:

—¡Aquí está! dijo la adorable muchacha, con aire de triunfo, sacando un *Mensajero* arrugado como recién acabado de leer.

—Aquí hay otro, gritó Tom Bois-l'Héry que también buscaba por su lado. Tercer sobretodo, tercer *Mensajero*. Y lo mismo en los demás; el periódico estaba en todas partes, como estaría en todas las memorias el artículo. ¡Y pensar que el Nabab estaba arriba cambiando frases amables con sus invitados, cada uno de los cuales podría recitarle punto por punto todos los horrores impresos contra él! Esta idea nos hizo reír á todos en grande y entrar en ganas de conocer aquella página curiosa.

—Vamos, tío Passajón, leédnoslo en alta voz.

Era el voto general y tuve que ceder.

No sé si os pasa como á mí, que cuando leo en alta voz me enjuago con las palabras, y entono y hago tales floreos que acabo por no saber lo que digo, como esos cantantes que con tal de que haya la nota prescinden del sentido de la frase... El título era: «La barquilla de flores.» Una historia enrevesadísima, llena de nombres chinos, en que se hablaba de un mandarín muy rico, ascendido últimamente á primera clase, y que allá en otros tiempos había puesto «una barquilla de flores» en un extremo de la ciudad, cerca de una barrera frecuentada por los guerreros... Al final del artículo estábamos tan enterados como al principio. Un verdadero jeroglífico sin figuras; y á estas horas continuaríamos con un palmo de boca abierta si el viejo Francis, que decididamente tiene olfato para estas cosas, no nos hubiese explicado que la barrera de los guerreros debía ser la Escuela militar, y que la «barquilla de flores», en buen francés, distaba mucho de tener un hombre tan bonito. Y soltó la traducción con todos sus pelos á pesar de las señoras... Hubo un explosión de gritos, de «¡ah! «¡oh!» diciendo los unos: «Ya me lo figuraba», los otros: «No puede ser...»

—Permitidme, añadió Francis, excorneta del 9.º de lanceros, el regimiento de Mora y de Monpavón, permitidme... Hace unos veinte años, en mi último semestre, estuve acuartelado en la Escuela militar, y recuerdo perfectamente que había cerca de la barrera un baile

de candil asquerosísimo, denominado Sala Jansoulet, con un cafetín en el primero y varios cuartitos á cinco sueldos por hora, donde entre baile y baile...

—Sois un infame embustero, dijo M. Noël fuera de sí, ladrón y embustero como vuestro amo; Jansoulet no ha estado en París hasta ahora...

Francis estaba sentado algo fuera del círculo que formábamos nosotros al rededor del barrilejo, churrupeando del dulce porque el champaña le irritaba los nervios y porque, además, no es bebida del todo *chic*. Púsose en pie con gravedad, sin soltar la copa, y adelantándose hacia M. Noël le dijo en tono reposado:

—Querido, os descomponéis demasiado aprisa. Ya la otra noche, en vuestro cuarto, encontré algo grosero y malsonante vuestro modo de hablar. Los insultos no sirven de nada, tanto más cuanto que en el caso presente van á quien como yo sabe lo que es tener una arma en la mano. Pero no soy aficionado á abusar. En vez de una estocada prefiero daros un consejo, que podrá aprovechar al propio tiempo á vuestro amo. Y el consejo es que, á hallar me yo en lugar vuestro, me iría á encontrar á Moës-sard. Hemerlingue le ha dado veinte mil francos para que hable, yo le ofrecería treinta mil para que callase.

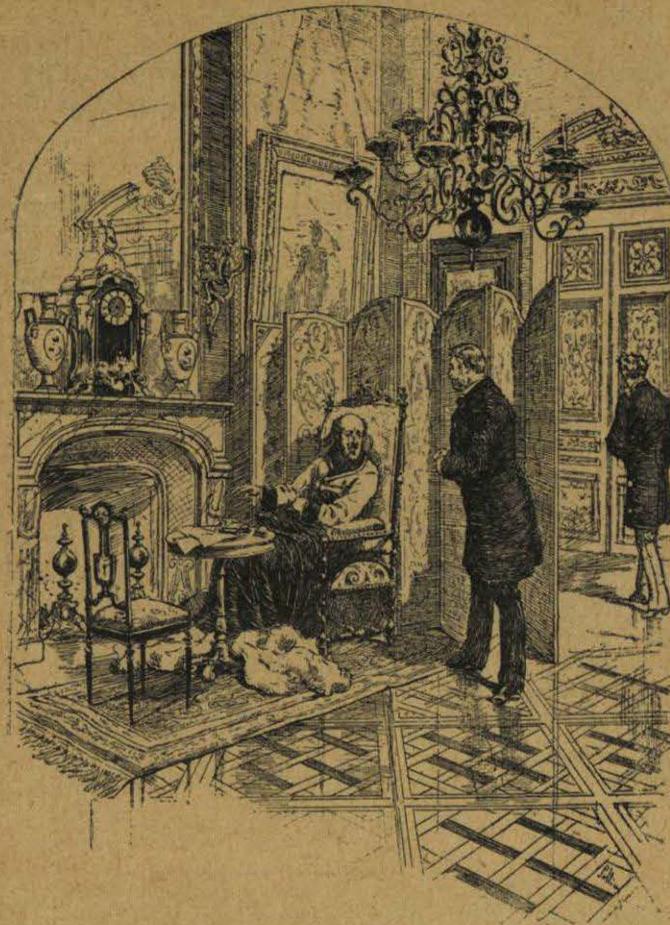
—Nunca... nunca... vociferó M. Noël. Antes iré yo mismo á romperle el bautismo á ese perro de bandido.

—Pues no romperéis nada. Cierta ó falsa la calumnia, esta noche habéis presenciado sus efectos. Por la muestra podéis ver las dichas que os aguardan. ¿Qué le haremos, querido? Habéis tirado las muletas y querido andar solos demasiado aprisa. Esto va muy bien cuando se tiene el aplomo necesario y las piernas se mantienen firmes; pero cuando el pie no está muy fuerte, y además se tiene un Hemerlingue á la zaga, entonces, malo!... Añadid á todo esto que á vuestro amo comienza á flaquearle el dinero: ya ha tenido que firmar pagarés al viejo Schwalbach, y no me vengáis con un Nabab que firme pagarés. Ya sé que tenéis enterrados allá abajo la mar de millones; pero para sentar la mano en ellos es menester ante todo que se os apruebe el acta, y con unos cuantos artículos como el de hoy, yo os respondo de que el acta no se aprueba... Pre-

tendéis luchar cara á cara con París, y para esto, querido, se necesita más talla de la que tenéis y una mano mas lista. París no es el Oriente, y si no se retuerce el gaznate á las personas que nos cargan, ó no se las mete en un saco de cuero y se las echa al agua, hay en cambio otras maneras de hacerlas desaparecer. Noël, que vuestro amo se vaya con tiento... El mejor día! París va á engullirse como yo me engullo esta ciruela sin más que abrir y cerrar la boca!

Creed que estaba imponente el buen anciano, y yo, á pesar de todos sus afeites, me sentía poseído de respeto hacia él. Mientras hablaba, oíanse arriba los acordes de la música y de los cantos, y en la plaza los caballos de los municipales que tascaban el freno. La fiesta había de producir un magnífico efecto. ¡Y pensar que tal vez dentro de tamaño aparato se escondía la ruina! Nosotros estábamos allí como ratones que se reúnen en consejo en la sentina, cuando el buque comienza á hacer agua, sin que los tripulantes lo hayan observado todavía, y comprendía que la primera voz de alarma sería para lacayos y camareras la señal de un ¡sálvese quien pueda!.. Pero ¿es posible una catástrofe semejante?... En tal caso, ¿qué sería de mí, y de la *Territorial*, y de mis anticipos, y de mis atrasos?

Ello es que ese maldito Francis me hizo venir calofríos.



XVI

UN HOMBRE PÚBLICO.

EL calor luminoso de una serena tarde de Mayo, daba la tibieza del cristal de invernadero á los altos ventanales del palacio de Mora, cuyos transparentes de seda azul se veían desde el exterior por entre el ramaje, y á sus espaciosos miradores, cuyo pretil festoneaban á todo lo largo del muelle una infinidad de flores exóticas que la